

sólo el tema, sino también la perspectiva desde la que se presentifica el universo de la ficción.

Releyendo *Cae la noche tropical* creí entender a qué se refiere César Aira cuando dice que Puig fue el «hombre-madre» y por qué esa condición anómala no puede explicarse apelando a obvias determinaciones genéricas, sino a la misteriosa transformación de la realidad que opera la literatura. En *Cae la noche tropical* la maternidad es lo que da a todo lo narrado un sentido novelesco, la maternidad como relación peligrosa. Si en *La traición...*, *The Buenos Aires Affair* o *Sangre de amor correspondido*, los peligros de la maternidad son los que corre el hijo que debe o debió desprenderse de su madre como de un lazo demasiado cierto que lo mantiene unido a las imposturas y las humillaciones de la conversación familiar, en *Cae la noche tropical* la madre pasa del lugar de horizonte casi negativo al de sujeto del aprendizaje: es ella la que experimenta el desprendimiento como una ocasión para que la vida se renueve.

Al comenzar la novela, Luci y Nidia están como suspendidas sobre el mundo. Lejos de la familia, en otro país, conversan. De los recuerdos, que a veces son dichosos, y de la curiosidad siempre despierta por la vidas ajenas, reciben cada día las fuerzas suficientes para recomenzar. A veces son dos ancianas que intercambian consignas para resistir los achaques; a veces, dos chicas que sienten en su carne virgen el placer de una caricia o un beso bien dados; a veces, dos nenas que se distraen mientras esperan el regreso de la madre. Sobrevuelan el mundo y viajan a través del tiempo (el arte de Puig es capaz de transformar una conversación trivial en un acontecimiento mágico). Después, la intervención de los hijos, solícita, inoportuna, precipita los hechos y la historia de cada una toma un rumbo diferente, complementario del de la otra. A Luci le ocurre lo que más temía, a Nidia lo que nadie, ni siquiera ella, hubiese podido imaginar. Luci muere porque no se desprende de su hijo o, lo que acaso sea lo mismo, porque no se desprende del equívoco que lleva al hijo a suponer que su madre anciana no puede vivir sola. Nidia comienza una vida nueva porque toma la decisión de alejarse del mundo familiar, acaso definitivamente. A los ochenta y cuatro años, sin la hija que hubiese tenido que cuidarla y sin la hermana que la hubiese podido acompañar, se aventura en lo desconocido para inventarse una familia de extraños.

La novela que el azar quiso que fuese la última, es la única novela de Puig con final feliz, la única en la que imaginó una historia de vida a partir de su absoluta renovación. No es extraño a las resonancias sentimentales de esta coincidencia (otro ejemplo de cómo la vida imita al arte) que ahora la elija como la que más me gusta.



Rita Hayworth